

Estados Unidos: ¿Estado liberal o potencia dominante?

*José Luis Valdés-Ugalde**

Los intereses [...] no las ideas dominan directamente las acciones de los hombres. No obstante, “las imágenes del mundo” creadas por estas ideas han servido continuamente como switches que determinan los caminos sobre los cuales el dinamismo de intereses mantiene las acciones en movimiento.
Max Weber¹

La gran ventaja de los americanos es que han arribado a un estado de democracia sin tener que conducir una revolución democrática; y que han nacido iguales en lugar de convertirse en iguales.
Alexis de Tocqueville²

* Investigador del CISAN, UNAM. Agradezco a Víctor Alarcón la amable lectura y el comentario que se sirvió hacer en la presentación de este trabajo.

¹ Max Weber en Kenneth W. Thompson, *Political Realism and the Crisis of World Politics* (Princeton: Princeton University Press, 1960). La traducción de este texto, así como de todas las citas de ediciones en lengua inglesa son mías.

² Alexis de Tocqueville, *Democracy in America* (Londres: David Campbell, 1990).

INTRODUCCIÓN

Son varias las incógnitas que surgen al estudiar las relaciones internacionales. Pero dichas interrogantes son aún más recurrentes cuando lo que se estudia en esta disciplina —que de por sí carece de una teoría coherente³ como lo son la teoría política o la teoría sociológica— es la política y la ideología en Estados Unidos, así como el papel que este país ha jugado en el mundo de la segunda posguerra y en su historia reciente como potencia dominante.⁴ En las preguntas discutidas a continuación se tratará de contribuir al análisis de este problema en el contexto del primer periodo histórico señalado.

Por ejemplo: ¿se puede ser un Estado liberal y al mismo tiempo ejercer un poder ilimitado que en ocasiones viola los principios de soberanía clásicos? Si esto es así, ¿por qué sucede esto en Estados Unidos, país al que la mayoría de sus padres fundadores, principalmente Washington, Jefferson y Madison, trataron de mantener al margen del poder de Estado (*State power*)?⁵ ¿Existe alguna contradicción entre el *carácter liberal* que distingue a Estados Unidos desde el comienzo de sus tiempos como Estado-nación y su papel como *potencia contencionista* que lo ha caracterizado desde el fin de la segunda guerra mundial? ¿Estas dos dimensiones políticas de la presencia de Estados Unidos como nación preponderante son opuestas o se legitiman mutuamente? ¿Por qué es que la primera requiere de la segunda o por qué la segunda no limita ni desvía, en apariencia, los principios fundacionales del

³ Martin Wight señala que “la política internacional está marcada, no sólo por la escasez, sino también por la pobreza moral e intelectual. Por esto debemos ver las razones internas. Las más obvias son, primero el prejuicio intelectual impuesto por el Estado soberano y segundo, la creencia en el progreso”. Véase al respecto el trabajo de Martin Wight, “Why Is There No International Theory?”, en Herbert Butterfield y Martin Wight, eds., *Diplomatic Investigations. Essays in the Theory of International Relations* (Londres: George Allen & Unwin, 1966), 20. Wight se pregunta en otro trabajo: “es sorprendente que la civilización que inventó la filosofía política y la ciencia política (en referencia a los griegos y los romanos) le haya dado tan poca atención a las relaciones entre los Estados”. Véase Martin Wight, “Western Values in International Relations”, en *ibid.*, 126. Para una discusión más reciente sobre el tema véase Justin Rosenberg, “Isaac Deutscher and the Lost History of International Relations”, *New Left Review*, no. 215, enero-febrero de 1996.

⁴ Véase Robert W. Tucker, *Nation or Empire?* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1968).

⁵ Véase Seymour Martin Lipset, *American Exceptionalism. A Double-Edged Sword* (Londres: W.W. Norton, 1996), 13.

liberalismo clásico que explican y dan sentido al Estado moderno? ¿Hay diferencias de fondo, por un lado, entre el tono conservador característico de Estados Unidos desde los tiempos en que “la nueva Jerusalén” es poblada por “el pueblo escogido”, afianzado éste en forma sobresaliente en la segunda posguerra, y el liberalismo estadounidense por el otro? ¿No es acaso el liberalismo el espacio político en donde germina la tradición conservadora estadounidense, al menos y de manera más clara, en lo que se refiere a su política exterior? ¿El conservadurismo y el liberalismo son dos dimensiones ideológicas opuestas en el terreno de la defensa del principio de seguridad nacional estadounidense en la era de la guerra fría? ¿Acaso una gran potencia como Estados Unidos puede o debe garantizar las libertades de los otros actores⁶ a expensas del abandono de este principio?⁷

I

Encuentro, como lo hace Kant, que el liberalismo no ha dejado un legado coherente en asuntos internacionales. Aun cuando los Estados liberales sean diferentes, han sido propensos a hacer la guerra. Sucede que los Estados liberales han creado una paz separada, como Kant argumentó que lo harían.⁸ También han descubierto razones liberales

⁶ Cuando me refiero a actores, a menos que sea especificado en otro sentido, me estoy refiriendo a Estados-nación.

⁷ Importa agregar aquí el iluminador apunte de Augelli y Murphy:

[...] el liberalismo, después de todo, es una filosofía del individuo, no una filosofía de “los pueblos”. Pero el excepcionalismo estadounidense, con sus profundas raíces religiosas, ya proporcionó a las elites de ese país una noción de sí mismos como pueblo [...] Quienes elaboran la política exterior en Estados Unidos siempre han tendido a tratar a la sociedad internacional como algo no más que una suma de naciones. Más aún, se asume que las naciones tratadas como individuos en extenso tienen los mismos propósitos que los individuos humanos del liberalismo: la búsqueda del interés propio, especialmente en términos de riqueza y poder. Las metas imperiales de Estados Unidos fueron simplemente aquéllas de cualquier nación. Finalmente, se podría considerar a las naciones útiles o inútiles usando las mismas medidas aplicadas a los individuos. Una jerarquía de naciones y pueblos basada en riqueza y poder apareció cuando el mundo era visto a través de los lentes de los primeros creadores de la política exterior de Estados Unidos.

Véase Enrico Augelli y Craig Murphy, *America's Quest for Supremacy and the Third World. A Gramscian Analysis* (Londres: Pinter Publishers, 1988), 62.

⁸ Véase Immanuel Kant, *Perpetual Peace and Other Essays* (Cambridge: Hackett Publishing, 1983). También Michael W. Doyle, “Liberalism and World Politics”, *American Political Science Review* 80, no. 4 (diciembre de 1986).

para la agresión. Por otro lado, el temor y la desconfianza en el rival y no su justa estimación han sido comúnmente aspectos destacados de la ética política estadounidense. La arraigada y a veces exaltante resistencia a aceptar lo desconocido, *lo no propio*, lo ajeno y por añadidura *lo peligroso* ha situado a la cultura política estadounidense en trincheras ideológicas desde las que se han desprendido los criterios estratégicos dominantes en la gestación de la política exterior de Estados Unidos en la era moderna, sobre todo a partir de la segunda posguerra. En este sentido, la existencia de un contrincante que objetivice y legitime los valores en los que descansa esta ética se ha convertido con el tiempo en un imponderable, sobre todo si de lo que hablamos es del diseño de las políticas concretas de esta estrategia de política exterior y de las diversas doctrinas que han dominado en ese país desde los tiempos de la presidencia de Harry S. Truman, las cuales se consolidaron en 1947 con la articulación de las políticas que dominarían la política exterior de Estados Unidos durante la guerra fría.⁹

Es notable en el estudio de Estados Unidos y su relación con la historia de la política mundial en este siglo descubrir que la elaboración de una política exterior, entendida ésta como una política dada en un contexto comunitario y por añadidura necesariamente abierto y plural, se ciñó a un universo programático cerrado y restringido a un valor último y primero: *el americanismo* como único camino para sustentar la racionalidad de su papel y el de los otros actores participantes en el mundo de la segunda posguerra. Y esto es algo de la mayor trascendencia si consideramos las repercusiones que tiene en todas y cada una de las regiones del globo.

Si concedemos que la libertad no existe aislada ni separada del poder del Estado, coincidiremos en que para ejercerla y presumir su derecho a ella es requisito que el actor en cuestión tenga los medios

⁹ Esta estrategia está contemplada en un documento de la más alta importancia, el NSC-68, el cual Truman solicita en 1950 como parte de la revisión de los problemas de política exterior existentes en la época. Entre éstos, la victoria comunista en China y el desarrollo de la bomba atómica en la Unión Soviética eran los más importantes. El documento fue aprobado finalmente por Truman en septiembre de 1950. Paul Nitze, a la sazón encargado de la elaboración del documento, lo caracterizó como un esfuerzo para establecer "una amplia concepción de seguridad nacional" y se convirtió en "una declaración definitiva de la política de seguridad nacional de Estados Unidos". Paul Nitze, *From Hiroshima to Glasnost* (Nueva York: Grove Weidenfeld, 1989), 93.

para instaurarla y el poder para defenderla. Esto es aún más notorio en el plano de la política mundial. Un Estado que domina —y ésta es una de tantas paradojas— es aquel que tiene el poder para hacer de la libertad un medio y un fin. Así, como fin y como medio, la libertad queda expuesta —cuando el poder ejerce las licencias de su predominio— incluso al riesgo de su desaparición. Desde los tiempos de Roma, ésta es una realidad histórica; no obstante, lo es en forma más elocuente en los tiempos del Estado moderno. Complementario a esto, hay que agregar que la historia moderna de la política mundial ha quedado marcada por la guerra. La segunda posguerra fue el punto de referencia y la oportunidad histórica —otra paradoja más— de una nueva era de civilidad. Y es en este preámbulo a la civilidad que ocurren las condiciones para llevar a cabo una reorganización del orden mundial que permita al intercambio y a las relaciones mundiales un clima político sin caos¹⁰ y propicio para el avance del progreso. Se trata del orden económico y político que se establecen con la creación de las Naciones Unidas y el lanzamiento del Plan Marshall. Es el esfuerzo más grande y tecnológicamente más complejo que se ha llevado a cabo en cualquier siglo para encauzar la política mundial y canalizar el desarrollo económico capitalista.

Prevalece la pregunta, no obstante, de hasta dónde es exacto enunciar que la guerra —en un sentido hobbesiano— es lo que da sentido a la historia moderna, sobre todo a las tensiones que anteceden a los movimientos, casi siempre bruscos, que sufren la política y las ideologías, y que nos sitúan ante un clima sociopolítico cercano a lo que san Agustín alguna vez llamó “el bazar de la locuacidad”.¹¹ La evidencia empírica de los últimos noventa años de historia mundial nos

¹⁰ Para mayor información sobre el sentido del caos en política internacional véase Hedley Bull, *The Anarchical Society* (Londres: Macmillan, 1977), e *idem*, “Society and Anarchy in International Relations”, en Butterfield y Wight, eds., *Diplomatic Investigations...*, 35-50.

¹¹ Véase Daniel Bell, “Guerras culturales. La vida intelectual norteamericana, 1965-1990”, *Vuelta*, no. 187, segunda parte (junio de 1992) 37. Al interior de la disciplina de las relaciones internacionales es ampliamente reconocida, si no es que comprendida, la “tradición hobbesiana”; tradición en la que Hobbes es visto como el responsable de haber proveído las imágenes claves de la anarquía, el conflicto, el estado de naturaleza y la guerra, las cuales son asumidas como las condiciones que hacen posible las relaciones internacionales y nuestro entendimiento convencional de la política exterior. Sobre la importancia de la tradición hobbesiana, véase Donald W. Hanson, “Thomas Hobbes’ ‘Highway to Peace’”, *International*

señala innumerables casos que muestran la presencia de la guerra en la hechura de la historia. Me refiero a esto no sin dejar de recordar brevemente las reflexiones de Schumpeter en su clásico estudio sobre el imperialismo, las cuales se antojan relevantes en este ensayo:

debe haber algún interés concreto [...] debe haber una razón para la declaración de guerra. Pero la *razón* no es la *causa*. La causa verdadera, desde luego, debe también descansar en un interés. Pero ese interés no está en los objetivos concretos de la guerra. No se trata de las ventajas ofrecidas por la obtención de estos objetivos, sino del interés en librar la guerra como tal.¹²

Esto viene a cuento porque de alguna manera habrá que explicar el vínculo que ocurre entre hegemonía, poder e ideología en el terreno del equilibrio de poder en la segunda mitad de este siglo y el cual, por lo general, ha sido relegado por el principio de preponderancia de poder. Esta situación explica, en buena medida, que en las postrimerías de la segunda guerra mundial haya sido el *conflicto* la constante de la historia reciente y Estados Unidos haya estado sin excepción en el centro de dicho conflicto. Hay ejemplos de esto a partir de la guerra de Corea, y variados, por cierto; empero, es importante el contraste entre los tiempos en que el presidente Wilson afirmó ante el Congreso de Estados Unidos en 1918 que debería haber “no un equilibrio de poder, sino una comunidad de poder; no rivales organizados, sino una paz común organizada”,¹³ hasta hace no mucho tiempo en que la era del conflicto bipolar suponía que cada uno de los actores dominantes en los bloques intentara la preeminencia como un valor absoluto.

Si pensamos con Martin Wight que el equilibrio de poder lleva a “consideraciones de poder militar, iniciativa diplomática y fuerza económica”, y que este equilibrio está hecho para “«comparar pesos» [...]”

Organization xxxviii (1984): 329-331; Michael Joseph Smith, *Realist Thought from Weber to Kissinger* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1986), 12-15; Robert Cox, “Social Force, States and World Orders: Beyond International Relations Theory”, en Robert O. Keohane, ed., *Neorealism and its Critics* (Nueva York: Columbia University Press, 1986), 211-212.

¹² Joseph A. Schumpeter, *Imperialism and Social Classes* (Oxford: Basil Blackwell, 1951), 4.

¹³ Citado en Martin Wight, “The Balance of Power”, en Butterfield y Wight, eds., *Diplomatic Investigations...*, 172.

con el propósito de medir la diferencia”, podemos entender que el sentido de los fines supremos del liderazgo internacional sea “preservar el equilibrio de poder”.¹⁴ Es decir, convertirse y mantenerse como el centro dominante no sólo en la obtención del equilibrio de poder, sino también en el control de sus medidas; de aquí el papel destacado que Estados Unidos ha jugado en la historia mundial de este siglo.

En observancia de lo anterior vemos que no es un misterio para el estudioso de la realidad mundial la significación que supone adentrarse en el estudio del papel que representan los actores dominantes en la escena mundial; de aquí la importancia del estudio del poder. Estados Unidos ha sobresalido entre estos actores. Es el suyo, también, el caso de una nación que ha obtenido cuotas de dominación mundial en el contexto de un mundo tecnológicamente avanzado pero políticamente confuso.

II

El lugar de primacía de Estados Unidos en la política mundial a partir de la segunda mitad de este siglo nos obliga a referirnos al desarrollo de la política exterior y a la utilización que se le ha dado como el instrumento por excelencia en el ejercicio del poder. ¿Se puede explicar una política de dominación territorial, política y económica sin reconocer en ésta un ímpetu por retener y conservar los márgenes de ventaja obtenidos a través del tiempo? Estados Unidos ha sido con los años el principal actor de la escena mundial encargado de demostrar con hechos que la respuesta es no. Esto, que es por sí solo una práctica conservadora, no se podría haber cumplido de no tratarse de una nación eminentemente geopolítica a la que ha correspondido, simultáneamente, nada menos que definir el equilibrio militar más amenazante de toda la era moderna.

¿Por qué, se preguntará el lector, un Estado con clara tradición liberal se vuelve conservador en su relación con el exterior? ¿Está en el territorio del Estado liberal de este siglo, acaso evitar el ejercicio de un poder omnímodo que, paradójicamente, le da también identidad a su

¹⁴ *Ibid.*, 150.

voluntad de dominio? La explicación hegemónica sería la respuesta más rápida y fácil a estas interrogantes. Sin embargo, existen también otros rasgos endógenos, a los que me referiré posteriormente, que explican la matriz conservadora que distingue a esta gran potencia de otras del pasado que en su necesidad de detentar y retener el poder han optado por una clara defensa del *statu quo*, en sí misma una conducta conservadora. Desde la Roma imperial, pasando por la Rusia de los zares, las cinco grandes potencias que formaron el Concierto de Europa en el siglo XIX y la Unión Soviética del siglo XX, todas ellas se han caracterizado por desplegar el derecho de defender una virtud excepcional que les daría el acceso a ser el primero entre sus pares, el centro de la unicidad.

No obstante, y esto es un hecho ya algo conocido, el conservadurismo de Estados Unidos en política exterior comienza en buena medida en los orígenes puritanos que explican a ese país, y que tiene en la quema de brujas en Salem en 1692 y en el macartismo de los años cincuenta dos hechos históricos de gran trascendencia. Y aunque distintos en sus tiempos históricos, estos dos hechos se asemejan por contener rasgos culturales muy parecidos que nos permiten plantear en primer término que la política estadounidense ha estado permeada por un grado de intolerancia constante a través del tiempo histórico de lo que llevamos de modernidad.¹⁵

Casos que ilustren lo anterior los hay muchos, pues prácticamente en ninguno se da la ausencia de la imposición de la fuerza para dirimir conflictos internos que en su momento habrían de enfrentar naciones soberanas.¹⁶ He aquí que nos adentramos a otro problema: el de la necesidad esencial de la gran potencia de intervenir en conflictos ajenos en nombre del equilibrio de poder y de la defensa de la segu-

¹⁵ Hay un gran número de estudios sobre la intolerancia estadounidense y sobre el modo en que ha cristalizado en la relación entre política interna y política externa. Mencionaré aquí dos que considero destacados, uno de carácter literario y el otro sociológico: Arthur Miller, *The Crucible* (Londres: Penguin, 1977); y Augelli y Murphy, *America's Quest for Supremacy...*

¹⁶ En un sentido amplio podríamos, quizás, dar comienzo con la guerra de Corea, seguir hacia la de Indochina, continuar por Grecia e Irán —entre otros países de esas regiones—, América Latina y las innumerables invasiones militares llevadas a cabo en estos países y en el continente latinoamericano a través de los últimos 150 años y culminar en el mundo árabe desde los años cincuenta hasta la fecha, para ilustrar esta idea.

ridad nacional. Así, acordamos en principio que no hay nación conservadora sin haber nación poderosa y por añadidura intervencionista. De aquí que formule:

política internacional=orden y desorden=poder y gran poder=política exterior=defensa de seguridad nacional=intervencionismo=*statu quo*.

A la luz de esto, planteo que no hay gran poder sin poder de intervención, y estos dos elementos son impensables sin entender que esta necesidad de controlar el poder en nombre de la defensa de la libertad lleva a una profundización de los rasgos más primitivos del carácter nacional. De tal forma que encontramos una identificación importante entre los ideales de una y de otra nación dominante. Y en el caso de Estados Unidos, esto no es tanto un defecto como la acción lógica que le tocó seguir, dado que tuvo la ocasión histórica y a eso se abocó: esta nación rindió tributo a los rasgos políticos y culturales fundacionales que le dieron su sentido de identidad, su racionalidad fundamental. En tanto que considero que Estados Unidos logró un papel de supremacía no sólo como resultado de las ventajas materiales y de la voluntad y cuidadoso cálculo para hacerlo, sino complementariamente, como resultado de la existencia de un mecanismo que impulsó una cierta “maquinaria de fuerzas” (de nueva cuenta la guerra como ventaja geopolítica para rediseñar los mapas del mundo), que otorgó a Washington el poder del equilibrio final en el juego mundial de poder, es la razón por la que subrayaría que esto explica los dramáticos y casi siempre desastrosos resultados de sus políticas de fuerza en América Latina y en grados relativamente variables en otras regiones del mundo: el poder ejercido como es ejercido por Estados Unidos es un poder al que se atribuye un derecho extra legal, un derecho para el poder punitivo.

Schumpeter plantea que el ejercicio del poder de la potencia dominante lleva siempre “una implicación de agresividad en sí misma [...] que busca el expansionismo en sí mismo, la guerra por la pelea misma, la victoria sólo por ganar, la dominación sólo por el control”.¹⁷ Aun cuando esta caracterización se asemeje al caso estadounidense, hay

¹⁷ Schumpeter, *Imperialism and Social Classes*, 6.

que agregar, como suele pensarse cuando se evalúa el papel de Estados Unidos en política internacional, que para ese país la única guerra que vale la pena librar históricamente es aquella que se vuelve una *cruzada*.

Y esto no es cualquier cosa, pues se está hablando de la existencia del conflicto, de la ideología que sustenta la racionalidad del mismo y, por tanto, de la forma a que éste se enfrenta. Quizás la única participación militar de Estados Unidos en este siglo aceptada por lo general como legítima es la que lleva a cabo durante la segunda guerra mundial con el propósito de apoyar a los aliados y detener la obsesión expansionista de Hitler; todas las intervenciones de la posguerra han estado marcadas por la polémica. Las intervenciones han sido, sin embargo, en tanto uno de los elementos nodales de la política exterior, un aspecto central del debate ideológico.¹⁸ Es por esta razón que planteo que es alrededor del tema de la guerra y del conflicto político-militar primordialmente que se dan las complejas tensiones en el debate estadounidense, de tal manera que la política exterior ha sido el punto de partida y en ocasiones el de retorno para la existencia de una conciencia histórica y un sentido de nación.

El conflicto ideológico que ocurre a partir de los años treinta en Estados Unidos y que cristalizó en el debate sobre política exterior que inicia George Kennan con su célebre artículo "The Sources of Soviet Conduct" ("Los orígenes de la conducta soviética")¹⁹ representó una confrontación de grandes y tales proporciones que incluso amenazó con convertirse en un problema de legitimidad estatal para Dwight D. Eisenhower,²⁰ más aun, si atendemos a la etapa macartista que esta confrontación guarda y que tuvo en el anticomunismo la piedra de toque para enjuiciar la vida civil estadounidense en los años cincuenta. El anticomu-

¹⁸ Entre la muy abundante bibliografía sobre el tema de la intervención destacaría los siguientes: Hans Morgenthau, "To Intervene or Not To Intervene?", *Foreign Affairs* 45, no. 3 (abril de 1967); John Stuart Mill, "A Few Words on Non-intervention", *Dissertations and Discussions (Political, Philosophical and Historical)* vol. 3 (Londres: Longmans, Green Reader & Dyer, 1967); James Rosenau, "Intervention as a Scientific Concept", *Journal of Conflict Resolution* 13, no. 2 (junio de 1969); *idem*, "The Concept of Intervention", *Journal of International Affairs* 22, no. 2 (1968).

¹⁹ Véase George Kennan, "The Sources of Soviet Conduct", *Foreign Affairs* 25, no. 4 (julio de 1947): 537-549. Kennan firmó este artículo como "X".

²⁰ Sobre este aspecto es importante destacar lo que Shils dice al respecto:

nismo del senador Joseph R. McCarthy²¹ se refirió principalmente a temas de política exterior en un ambiente mundial en el que la confrontación bipolar clásica de la guerra fría permeaba cada espacio de la vida sociopolítica en Estados Unidos. Esta época de la vida intelectual y política estadounidense es importante para entender el quiebre ideológico que toma lugar entre los representantes del liberalismo.²²

Pero sobre todo, como señala Lipset, en esta etapa se muestra cómo el puritanismo es la razón de que los estadounidenses “no sean tolerantes”, y cómo la “moralidad protestante puritana” que siempre ha existido en ese país explica cómo los estadounidenses

creen que hay una diferencia fundamental entre lo correcto y lo incorrecto (*right and wrong*), que lo correcto debe de ser apoyado, y que lo incorrecto debe ser eliminado, que el terror y la maldad no tienen derechos contra *la verdad*. Esta propensión a ver la vida en términos

[...] la preocupación con la subversión y el secreto [...] ha impuesto una carga muy pesada en la constitución de la sociedad estadounidense [...] La relación correcta entre las tres esferas de los poderes gubernamentales ha estado sujeta al acoso de los comités de investigación. En realidad, el equilibrio nunca fue alterado por completo [...] La primitiva y no elaborada naturaleza de su obsesión con el secreto (de los desestabilizadores anticomunistas), su desenmascaramiento y protección, ha limitado el rango del daño al cual aspiraban. El daño se ha hecho a la sociedad estadounidense, no sólo a la justicia individual sino al sistema en su conjunto.

Véase Edward A. Shils, *The Torment of Secrecy. The Background and Consequences of American Security Policies* (Londres: William Heinemann, 1956), 153.

²¹ Parsons argumenta que el macartismo fue esencialmente “una crisis de solidaridad nacional frente a la cual [la] nación acumulaba una cantidad sin precedentes de responsabilidades y demandas políticas”. Parsons agrega, resignado sobre las consecuencias del macartismo, que “en los años cincuenta fuimos ampliamente advertidos de las serias amenazas a la seguridad nacional y de la necesidad de fortalecer el gobierno en formas que, en cierto sentido, implicaron un sacrificio a los derechos privados”. Véase Talcot Parsons, “Social Strains in America: A Postscript”, en Daniel Bell, ed., *The Radical Right* (Nueva York: Anchor Books, 1964), 231-232.

²² Véase John Eham, *The Rise of Neoconservatism. Intellectuals and Foreign Affairs, 1945-1994* (Londres: Yale University Press, 1995), capítulo 1. Con la última lucha independentista, la de Cuba, saldada y resuelta a favor del espíritu monroista, Estados Unidos entra al siglo xx como factor de poder dominante sobre todo a partir de la segunda posguerra. Y en todo esto los intelectuales liberales, que posteriormente devienen neoconservadores, tuvieron un papel de indiscutible valía frente a los intereses del establecimiento de política exterior. La corriente de pensadores aglutinada en principio en lo que se denominó “el centro vital”, e inspirada en el libro del mismo título de Arthur Schlesinger Jr., se volvió altamente funcional en la elaboración del NSC-68 que, como ya se mencionó líneas arriba, fue preparado por Paul Nitze, entonces funcionario del Departamento de Estado, y que se convirtió en el documento inspirador de las políticas de contención elaboradas por Truman en 1950 y cuyo ideario funda-

de blanco y negro es más evidente, quizás más desastrosa, en el área de la política exterior, en donde aliados y enemigos no pueden ser grises, sino que deben ser negros y blancos.²³

En consecuencia, el conservadurismo en política exterior se desprende, en forma por demás atípica, de patrones culturales *muy estadounidenses* que han permeado gradualmente la vida social y política en Estados Unidos. Y aunque este país responda en parte a los cambios ocurridos en las tendencias ideológicas en el mundo occidental, no se le puede confundir con ninguna de ellas. Por lo menos esto opera cuando hablamos de la instauración de las reglas que operan a nivel mundial en la conformación de los nuevos equilibrios de la segunda posguerra y que prevalecen hasta la caída del muro de Berlín en 1989.²⁴ Esta dimensión del conservadurismo estadounidense es única y será altamente relevante para explicar la historia de la guerra fría y la génesis del poder de Washington en los asuntos mundiales de los últimos cincuenta años.

III

Tal originalidad es un hecho histórico hasta el punto en que “el americanismo” se ha convertido en un concepto y, en palabras de

mental era establecer las bases para la defensa de la seguridad nacional. Esta estrategia fue respaldada por distinguidos intelectuales liberales que se inclinaban de manera cada vez más decidida por una política anticomunista y de contención ante Moscú. Entre ellos se encontraban Schlesinger, Reinhold Niebuhr (este último liberal socialista utópico decepcionado con el socialismo real), Kennan e Irving Kristol, entre otros. Asimismo, recomendando, para seguir el debate que se desarrolló en aquella época sobre el comienzo de la bipolaridad, los editoriales de las revistas *Nation* y *New Republic*. Véase principalmente: “A New Three-Power Conference”, *Nation*, 27 de octubre de 1945, p. 420; “Relations with Russia”, *New Republic*, 5 de noviembre de 1945, p. 692; “Sixty Days to War or Peace!”, *New Republic*, 26 de noviembre de 1945, p. 692. Estas dos revistas fueron el centro del debate de los intelectuales liberales de la época sobre la cuestión soviética y la política mundial.

²³ Seymour Martin Lipset, “The Sources of the Radical Right”, en Bell, ed., *The Radical Right*, 316-317. Las cursivas son mías.

²⁴ Sobre los aspectos ideológicos que antecedieron a la caída del muro y a la desintegración de la URSS y del orden constituido en Europa del este véase el debate que se lleva a cabo entre algunos representantes de la nueva izquierda en Robin Blackburn, ed., *After the Fall. The Failure of Communism and the Future of Socialism* (Londres: Verso, 1991).

Lipset, en una “ideología compulsiva” más que en un “simple término nacionalista”. “El americanismo es un credo en un sentido en que el britanismo no lo es”.²⁵ Esta excepcionalidad ocupa un sitio central en la historia de las ideologías de este siglo. Sobre esto, Lipset argumenta que

[el] patriotismo estadounidense apela a valores, a un credo, no sólo a una nación; si los extranjeros se pueden convertir en americanos, los americanos se pueden volver no americanos (*un-Americans*) [...] y hasta donde se sabe esto no tiene contraparte en otros países. Un líder político estadounidense —añade Lipset— no podría decir, como Winston Churchill lo hizo en 1940, que “el Partido Comunista Inglés estaba compuesto por caballeros ingleses, y que él no temía a un caballero inglés”.²⁶

A este sentimiento de orgullo nacional Alexis de Tocqueville se refirió en su libro clásico, *La democracia en América*, en los siguientes términos:

[...] se ve a primera vista como si todas las mentes de los americanos estuvieran formadas sobre un modelo, así de exacto siguen la misma ruta. Si le digo a un americano que el país en el que vive es un buen país, él contesta: “sí, no hay otro igual en el mundo”. Si aplaudo la libertad que disfrutan sus habitantes, él responde: “la libertad es algo bueno, pero pocas naciones se la merecen”. Si enfatizo la pureza de los principios morales que distingue a Estados Unidos, él declara: “puedo imaginar que un extranjero que ha presenciado la corrupción prevaleciente en otras naciones estaría asombrado por la diferencia”. En gran medida lo dejo frente a la contemplación de sí mismo, pero regresa a la carga y no desiste hasta que me hace repetir todo lo que he estado diciendo. Es imposible concebir un patriotismo más conflictivo y trivial.²⁷

Aunque es obvio que cada nación tiene su propia forma de orgullo espiritual, la muy peculiar versión de este sentimiento en Estados Unidos y el clima cultural que lo acompaña han sido valiosos para

²⁵ Lipset, “The Sources of the Radical...”, 319.

²⁶ *Ibid.*, 320-321.

²⁷ Tocqueville, *Democracy in America*, 242, 267.

otros propósitos más allá del consumo interno. Es en el *americanismo* como “credo” que el conservadurismo tiene su nicho programático primigenio. Es también un espacio desde el cual se conforman los rasgos de uniformidad ideológica como base inicial para legitimar el conjunto de precondiciones base para la existencia de la “buena ciudadanía”²⁸ y que complementariamente, dan al Estado que Bell llama *broker State*²⁹ las licencias excepcionalistas que tan funcionales han sido como instrumentos para construir la retórica de política exterior y de la defensa axiomática, cuasi religiosa, de la seguridad. Y como ya se ha visto, no se trata de cualquier conservadurismo pues será éste uno de tipo tal que, en parte por razones de alianzas estratégicas de los aliados tradicionales de Estados Unidos y en parte simplemente por existir tradiciones políticas divergentes, trascenderá las fronteras y las ideologías consideradas universales.

Sobre esto vale la pena citar al historiador Richard Hofstadter, quien escribió: “nuestro destino como nación ha sido no tener ideologías, sino ser una”.³⁰ Esta amplia noción, tan amplia como la de los límites de la ideología, representa también el ardid histórico que ha dado pie en Estados Unidos a la creación de una *idea común* a todos y desde la cual se rigen —y justifican— los criterios para el establecimiento de las prioridades del orden mundial.

El papel predominante que Estados Unidos obtiene en la política mundial sucede paralelamente al cambio de prioridades que ocurre en este país en los años cincuenta cuando, a diferencia de lo ocurrido en la década de los años treinta en que la temática dominante versaba sobre asuntos económicos y la división que en términos de grupos de interés ocurría entre la clase política, los problemas de política exterior dominaron el panorama político y los equilibrios de fuerzas internos: la escena política por excelencia fue la política exterior.³¹

Como ya se mencionó, la intolerancia que caracteriza las decisiones de poder en Estados Unidos proviene en buena parte del carácter original de su conformación como nación. No obstante, tenía que

²⁸ Lipset, “The Sources of the Radical...”, 321.

²⁹ Daniel Bell, “Interpretations of American Politics (1955)”, en Bell, *The Radical Right*, 56.

³⁰ Citado en Lipset, *American Exceptionalism...*, 18.

³¹ Véase Daniel Bell, *The End of Ideology* (Nueva York: The Free Press, 1965), 120.

haber un elemento coherente que diera pie a que esta intolerancia, aun actuando en contra de su esencia liberal, otorgara en los hechos una racionalidad a la posición hegemónica de este país. Este elemento es la existencia del comunismo, más en concreto del soviétismo. Así, a partir de los años cincuenta la política exterior se convertía también en un laboratorio de extremos en donde las posiciones moralistas prevalecientes en Estados Unidos salieron a la superficie con una gran fuerza.³²

La paradoja consiste en que en el contexto de una reorganización de la escena mundial en el cual la tónica era la consolidación de las libertades después de la derrota de la Alemania nazi, haya sido la política exterior el campo de prácticas desde donde surge la *política de contención* —que por definición es rígida— que habría de dominar el panorama internacional a partir de 1946. De acuerdo con Daniel Bell, lo que ocurre en este tiempo de definición de estrategias en la defensa del interés nacional es la preeminencia del *pragmatismo* por sobre una idea más racional de la política, de tal forma que lo importante era la obtención de resultados:

el estilo moralizante, con su enfoque en el pecado y en la culpabilidad del individuo, encuentra difícil aceptar a las fuerzas sociales como explicación convincente del fracaso y en su lugar prefiere la acción [...] ha habido poca evidencia de que la política exterior estadounidense sea guiada por un sentido del tiempo histórico y una adecuada evaluación de las fuerzas sociales [...]³³

De aquí que se haya preferido atacar al comunismo y al soviétismo con un fervor moral compulsivo equiparándolos con el pecado o el mal y no como las realidades políticas que eran. Al respecto, Christopher Coker señala que “el disgusto [de Estados Unidos] por el comunismo no podía aspirar a ser una política. Una política sugiere una preferencia, un interés nacional inequívoco y los medios preferidos para servirlo”.³⁴

³² *Ibid.*, 120.

³³ Daniel Bell, “The Dispossessed (1962)”, en Bell, *The Radical Right*, 20.

³⁴ Véase Christopher Coker, *Reflections on American Foreign Policy since 1945* (Londres: Pinter/John Spiers, 1989), 110.

Desde luego que este “retraso” o “inadecuación” tiene su explicación en la bipolaridad y su racionalidad intrínseca. Sin embargo, habría que insistir que a esta racionalidad sistémica se agrega la contención como un código normativo omnipresente e infalible en los criterios estratégicos de la clase política encargada de la política exterior de posguerra y que es complementaria al clima ideológico característico de estos años, que habría de producir una “representación del peligro”. La Unión Soviética como uno de los ejes del poder geopolítico era —en términos de Kennan— agresiva, militar e ideológicamente expansionista, contra lo cual era necesario poner en práctica una política apropiada que evitara su trascendencia y la amenaza a los intereses de seguridad nacional estadounidenses. Nos dice Kennan: “en estas circunstancias es claro que el principal elemento de cualquier política de Estados Unidos hacia la Unión Soviética debe ser una contención de largo aliento, paciente pero firme, de las tendencias expansivas de Rusia (sic)”.³⁵

El primer ejemplo en donde se refleja este criterio es el Plan Marshall, que al reconstruir Europa garantizaba el mantenimiento de este dominio y el principio de defensa estratégico global, y a la vez representaba una política que no era tanto un reflejo condicionado de la voluntad de poder como de estimaciones de interés y de sobrevivencia nacionales. De aquí que esta empresa económica de grandes magnitudes respondiera a un plan de expansión en el que la búsqueda de mercados era uno de los principales objetivos, en tanto que garantizaban la asignación de los excedentes de producción interna en el mercado exterior y en esta medida se conducía con cierto éxito la creación de un *imperialismo informal*. William A. Williams, a la sazón crítico conspicuo del “centro vital” en los años sesenta, plantea que la política exterior expansionista representaba la única alternativa a la revolución dentro de Estados Unidos, lo cual proporcionó a “los constructores del imperio americano una visión, una explicación del mundo, y un programa específico de acción de 1893 a 1953”.³⁶

³⁵ Kennan, “The Sources of Soviet Conduct”, 575. Este “antisovietismo” estadounidense y posteriormente occidental tiene una explicación, entre otras, política central: la represión stalinista.

³⁶ William A. Williams, “The Frontier Thesis and American Foreign Policy”, *Pacific Historical Review* 24 (noviembre de 1955), 380.

Paralelamente, se conducía el debate interno inclinando la balanza contra la Unión Soviética, “bombardeando” al pueblo estadounidense con una campaña de “odio al enemigo” ciertamente inusitada en tiempos de paz. Ese antisovietismo consolidaba un clima tal que no sólo creaba una corriente de opinión favorable, sino también obligaba a la URSS a “aceptar el concepto tradicional americano de sí misma y del mundo”.³⁷ De acuerdo con la evidencia existente en este terreno, del muy particular concepto de interés nacional se identifica una importante concentración de “hiperpatriotismo popular” que en situaciones de crisis nacional, “cuando la nación se ve en peligro”, demanda la homogeneidad del caso con el fin de solucionar las crisis según el *American way of life*.³⁸ Es así que se puede sugerir que es en el *bipolarismo* en donde se refleja una de las contradicciones del liberalismo estadounidense, a saber, que se llega a poner en peligro —con la política de contención— el pluralismo existente en la sociedad estadounidense y el creciente en la sociedad mundial, y por añadidura se atenta contra las libertades más esenciales en un sistema democrático.³⁹

CONCLUSIONES

Quien piense que pasa por extraordinario el hecho de que los Estados liberales modernos tengan en su constitución y en su estructura física y política, la necesidad intrínseca de la intervención en los asuntos políticos, militares o económicos de otros países, pecaría de ingenuo. Este rasgo ha sido convertido en los hechos en una norma, acaso en un virtuosismo. En la comprensión de la constitución del Estado-nación desde su origen, pero principalmente en este siglo, está, en efecto, la necesidad de introducirse en la preeminencia que guarda el papel dominante de las grandes potencias en la organización del equilibrio de fuerzas y de la conservación del orden mundial como elementos centrales del tejido geopolítico de la posguerra.

³⁷ William A. Williams, “Irony of Containment”, *Nation*, 5 de mayo de 1956, 379, 376; “Babbitt’s New Fables”, *Nation*, 7 de enero de 1956, 6, 3; William A. Williams, *The Tragedy of American Diplomacy* (Cleveland: World, 1959), 150, 163.

³⁸ Véase Shils, *The Torment of Secrecy...*, 80-81.

³⁹ *Ibid.*, 160.

No obstante esta teoría, que atañe en general a todos los actores dominantes, Estados Unidos, no únicamente como nación poderosa, sino como *nación ideológica*, se ha encargado de crear un nuevo mito: la atribución del derecho al poder mundial, de la misma manera en que se accedió a la riqueza y a la tierra del progreso por derecho natural. Es importante destacar que el darwinismo social⁴⁰ inscrito en el diseño fundacional del poder de ese país, explica en buena medida el carácter conservador del discurso interno y externo que se ha usado para legitimar el tránsito hacia la hegemonía global.

Bell plantea que en Estados Unidos “la devoción ha cedido el lugar al moralismo y la teología a la ética”, de tal manera que “volverse respetable representa un avance «moral» y regular la conducta —o ser «moral» al respecto— es una gran preocupación [del protestantismo]”.⁴¹ Esta forma de protestantismo que ha permeado la cultura y la política estadounidenses ha dado también un espacio de gestación propio al *excepcionalismo* estadounidense en virtud de que, sustentado en una mística interna de profundo carácter religioso, éste ha influido notablemente, tanto en la conformación del Estado-nación como en el diseño de la política exterior. Y esto ha llegado a suceder en tal forma que la realidad mundial de los últimos cincuenta años ha estado profundamente influida por ello, lo cual ha permitido que Estados Unidos haya llevado a espacios inusitados, como el de la guerra y el de la intervención en sus diversas formas, su vocación de dominio en nombre de lo que yo llamaría una *teología de la seguridad*.

En efecto, en su papel de Estado moderno, Estados Unidos puede hacer gala de haber logrado, por un lado, un acuerdo institucional y una modernización democrática internos. Simultáneamente —en ocasiones quizás gracias a ello— ha sentado las bases, casi siempre haciendo uso de la moralidad a que hace referencia Bell, para influir notablemente en la conformación de un orden mundial en el que este país guardara una posición de privilegio. Este panorama particularmente conservador conformaría con el tiempo un macroambiente político

⁴⁰ Este aspecto de los orígenes de la política exterior estadounidense lo discuto más ampliamente en mi ensayo “Racism and Early U.S. Foreign Policy”, *Voices of Mexico*, no. 36 (julio-septiembre de 1996).

⁴¹ Bell, “Interpretations of American Politics...”, en Bell, *The Radical Right*, 61-62.

tal en la escena mundial que acabaría influyendo, a veces de manera drástica, en la consolidación de formas de intolerancia que atentarían contra las normas civilizadas de convivencia entre los Estados.

En este sentido, se puede concluir que el conservadurismo en política exterior que se gesta desde la misma tradición liberal estadounidense durante la guerra fría es la piedra de toque para la adquisición de cuotas de poder a costa de las soberanías nacionales de otros países, generalmente en posición de subordinación. Se trata así de un Estado liberal que ha logrado paralelamente —en parte para sobrevivir como tal— conducirse como potencia dominante —y la política de contención es el ejemplo clásico—, como la única manera de hacer de estas dos dimensiones, no exentas de contradicción, su más cercana virtud pero también su más precaria verdad.